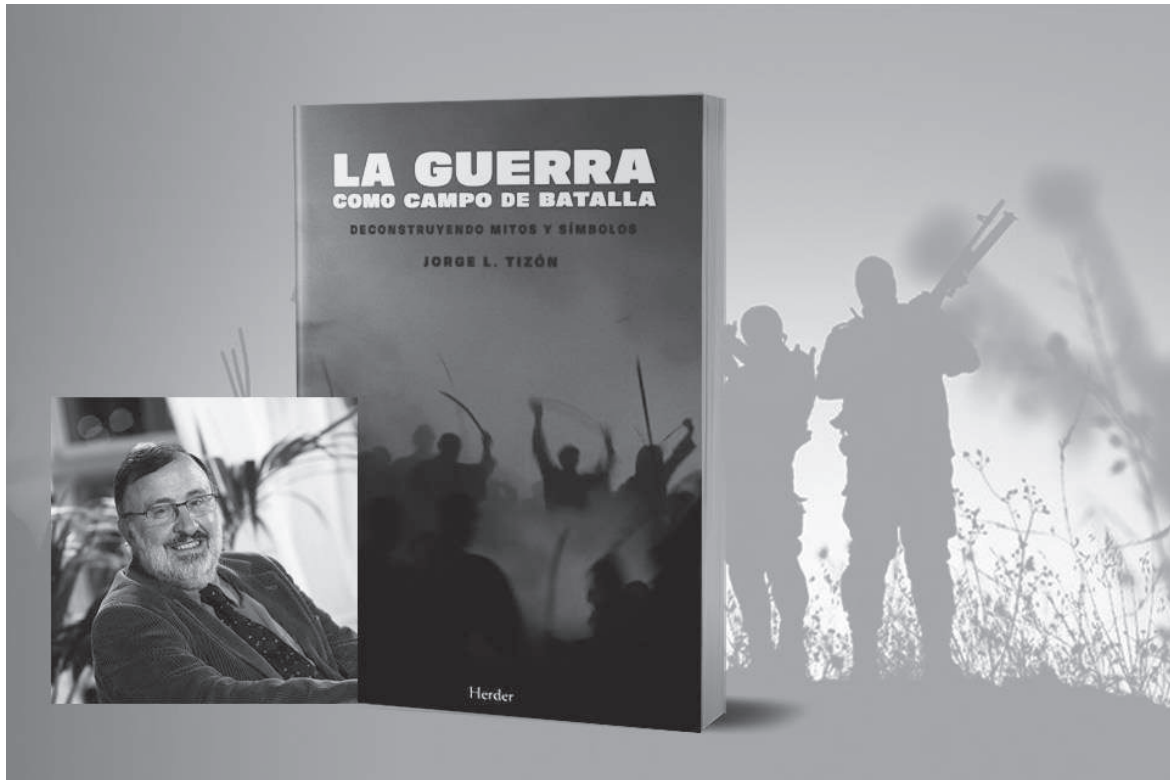




RESEÑA DEL LIBRO: *LA GUERRA COMO CAMPO DE BATALLA*



La guerra como campo de batalla. Deconstruyendo mitos y símbolos

Jorge L. Tizón
Herder, Barcelona, 2022

Amin Maalouf (2019) señalaba en uno de sus textos que todo escritor tiene la obligación de actuar como un vigía. Un escritor —decía el gran autor libanés—, ha de ser como el vigilante que nos avisa, por la noche, que nuestra casa está en llamas y que no podemos seguir durmiendo tan tranquilamente. Un escritor, especialmente un ensayista —añadiríamos nosotros—, ha de trabajar como un celador, como quien da parte —y aviso— del estado de la coyuntura, especialmente, si esta no va por buen camino.

Creemos que Tizón¹, en algunos de sus recientes trabajos, ejerce como tal, al presentarse como un auditor muy crítico con los condicionantes sociopsicológicos de la sociedad contemporánea. Una sociedad en la que muchos de sus habitantes están, o estamos, como diría Fromm (1955), *enajenados*, con respecto a los valores humanísticos y éticos más fundamentales.

En efecto, en los últimos años, Tizón ha manufacturado tres textos destinados a reflexionar sobre diversos

1. Como es bien sabido, desde hace años, Jorge L. Tizón (médico, psiquiatra, neurólogo, psicólogo y psicoanalista de la SEP/IPA) ha venido desarrollando una prolífica tarea como clínico, docente, supervisor y escritor. No consideramos necesario insistir en mayores presentaciones, puesto que se trata de un profesional muy conocido, tanto nacional como internacionalmente.





aspectos de los tiempos en los que nos ha tocado vivir. En *Psicopatología y poder* (2015) concretó un breve, pero sustancioso, análisis sobre los mecanismos relacionales de tipo perverso que operan en ciertas formas de ejercer el poder y sus funestas consecuencias². Después, nos sorprendió con *Salud emocional en tiempos de crisis* (2020b), mostrándonos, a propósito de la pandemia del COVID 19, como las diversas emociones pueden influir en nuestra respuesta a las situaciones de crisis social. Y, por último, llegamos al texto que nos ocupa en esta ocasión: *La guerra como campo de batalla* (2022) libro que, como el propio autor indica, no deriva de la urgencia del escrutinio de la actual guerra de Ucrania, sino que se empezó a gestar mucho antes de la misma.

Resulta evidente que, ni la guerra ni la paz nos definen como especie. La historia muestra, entre otras muchas cosas, una interminable sucesión de guerras, conflictos, creación y desaparición de Estados, periodos de paz y tratados internacionales que no son sino el reflejo de la oscilación de las inclinaciones humanas, ora destructivas, ora constructivas. Quizá sean ambas tendencias las que, entre otras muchas variables, nos posicionan como humanos y las que determinan como ha sido, como es y, muy probablemente, como será nuestro devenir. Como dice Mèlich (2014):

No somos humanos porque hayamos erradicado el mal, la violencia, el dolor, sino todo lo contrario, porque no podemos hacerlo» (p. 25).

En efecto:

Guerras y genocidios han sido universales y eternos y no han respetado ninguna época ni cultura concretas» (Wilson, 2012, p. 87).

Esta ominosa omnipresencia obliga, nos obliga a todos, a porfiar en el análisis y la reflexión sobre las guerras. So pena de seguir las soportando durante el resto de nuestro paso por este planeta, al que, dicho sea de paso, tanto daño al ecosistema causaron y siguen causando.

2. Tal y como ya reseñamos aquí mismo en su momento (Talarn, 2015).

La guerra como campo de batalla, lleva como subtítulo la oración: *Deconstruyendo mitos y símbolos*. Justo resulta que la misma figure en la portada del libro, porque es a esta tarea de deconstrucción, de establecimiento de vínculos entre significantes imaginarios y conducta, podríamos decir, relacionados con el belicismo, a lo que se dedica la mayor parte de la obra que comentamos.

Sartre, que practicó el boxeo, venía a insinuar que tras las bambalinas de un combate, más allá de los dos púgiles que se aporrean hay todo un complejo entramado que no se aprecia a primera vista (Meszaros, 2019). Lo mismo, *mutatis mutandi*, podríamos decir sobre las guerras. En las guerras, las antiguas y las contemporáneas, las clásicas y las nuevas (Kaldor, 1999; Talarn, 2020), hay mucho más que un grupo de personas que se matan entre sí. Y la mayoría de las veces, por no decir todas, se trata de personas que no se conocen, que no se odian, que no acaban de saber, a ciencia cierta, porque se debaten entre matar o morir. Erich Maria Remarque (1929) lo resumía magistralmente de este modo:

Una orden ha convertido a estas sombras tranquilas en enemigos; otra orden podría convertirles en nuestros amigos. En una mesa cualquiera, unos caballeros que nadie de nosotros conoce firman un escrito y he aquí que, desde aquel momento, por largo tiempo, nuestra suprema obligación consiste en hacer aquello que, en tiempo normal, es abominado por todo el mundo (p. 150).

En la mesa, por seguir con la idea del novelista, quienes declaran las guerras, lo hacen por motivos muy diversos, *instrumentales*, podríamos decir. Argumentos cargados de ideologías tóxicas (Armengol, 2018) y de *razones* de tipo económico, territorial, del control de los recursos, y demás. Todo ello afectado por una serie de emociones que «cortocircuitan» (en expresión de Tizón) el procesamiento cognitivo y subyugan el más mínimo atisbo ético que pueda anidar en sus corazones. Los líderes que declaran las guerras están íntimamente convencidos de que practican lo que Fiske y Rai (2015) denominan «violencia virtuosa». Es decir, recurren a la violencia porque sienten que se tiene que hacer, que es





lo obligado, lo justo, lo aplaudido o tolerado y lo necesario para defender determinados intereses grupales (ellos *versus* nosotros), de jerarquía (imperio *versus* colonia) o de igualdad (ojo por ojo), pongamos por caso.

Pues bien, el texto de Tizón versa justamente sobre una de las partes más importantes de los entramados mencionados: las emociones que se vinculan con el belicismo y los mitos y símbolos que subyacen al mismo. Todo aquello que facilita el paso al acto de la guerra de un modo muy disociado (Daurella, 1994) y a través de mecanismos psicológicos primitivos o poco elaborados, los más remotos con respecto a la posición depresiva, nos atreveríamos a decir.

Dos son los objetivos que el autor se plantea al inicio de su ensayo: el primero, ilustrar como los mitos y símbolos de la guerra forman una parte fundamental de nuestra cultura y nuestra ética. El segundo, defender que hay motivos sobrados para cambiar esos mitos y símbolos por otros basados en la vida y el cuidado. Creemos, tras la lectura del texto, que ambos quedan sobradamente cumplidos.

El ensayo se inicia con un interesante repaso histórico a los belicisms propios del colonialismo, los fascismos y la guerra civil española. Prosigue con el análisis de las motivaciones humanas para la guerra, haciendo especial hincapié en las reflexiones freudianas sobre las mismas y cuestionando rigurosamente, dicho sea de paso, el tan manido *Thanatos* como pulsión explicativa de la destructividad humana. Pulsión que, en realidad, como decía Fromm, quizá, no explica nada. Más utilidad conceptual y heurística, nos propone el autor, tendría que centrarse en el miedo y las otras emociones básicas, como la ira, el deseo, las ansiedades de separación o las emociones sensoriales, muchas de las cuales juegan un papel fundamental en la decantación de las guerras. Interesantísimo resulta, a nuestro juicio, el análisis que se efectúa sobre cómo estas emociones son manipuladas en el entrenamiento militar y cómo se vinculan con la llamada «doctrina del shock» (Klein, 2007) y la degradante y alienante «psicopolítica» actual (Han, 2014).

Tras estas consideraciones, el texto entra de lleno en la descripción y análisis de los mitos y símbolos propios del belicismo. Desde el propio concepto de *Thanatos*, que el mismo Freud —nos recuerda Tizón— consideró un mito más que una realidad fáctica; pasando por el patriarcado supremacista; la guerra como forjadora de héroes y naciones; la guerra como sacrificio de alto valor moral; la guerra como máxima expresión del vínculo; la guerra como selección natural o la guerra como sustento de identidad. Numerosos mitos y símbolos que no podemos resumir aquí son desgranados y cuestionados tanto desde la perspectiva psicológica como desde la ética biofílica, por así decirlo.

Como ya señaló Leshan (1992), al entrar en guerra las personas se instalan, a través de ciertas modificaciones cognitivas espoleadas por las emociones y los símbolos, en una «estructura mítica de la realidad». Erikson (1953) describió esta situación psicológica como una «realineación total de perspectiva». El texto de Tizón nos ayuda, con multitud de ejemplos, a entender como, todos, si no estamos avisados, podemos entrar en el juego de estas ficciones y, de un modo u otro, ser colaboracionistas de aquello que, bajo otra óptica emocional, rechazaríamos de plano. Recuerde el lector, a modo de ejemplo, el griterío expresado por algunas personas que animaban a la policía española, desplazada a Catalunya en 2017, con la ignominiosa soflama de «¡¡¡a por ellos...!!!».

El texto finaliza con una perspectiva general sobre la organización relacional de tipo perverso, es decir, de la guerra y el belicismo como «estado pervertido de la mente social», momento en que aprovecha el autor para recordarnos su visión absolutamente relacional de la psicopatología:

Habríamos de entender la psicopatología como la organización de conductas y representaciones mentales, troqueladas en la relación, cuando dificultan gravemente el desarrollo individual y/o social» (p. 343)³.

Tras el ingente esfuerzo intelectual realizado a lo lar-

3. Mostrada en toda su amplitud en los 4 volúmenes de sus *Apuntes para una psicopatología basada en la relación* (2018a y b; 2019; 2020a)





go del texto la conclusión de todo lo diseccionado es definitiva: es necesario desarrollar una ética basada en la gratitud, la reparación, los cuidados, el pacifismo, el ecologismo, el respeto a las diferencias. Y, al mismo tiempo, el autor aboga por una ida audaz: la ilegalización de la guerra.

Desde nuestra perspectiva nos permitiríamos añadir dos medios más, al alcance de todos, para combatir el belicismo de los estados democráticos: el voto y el consumo, dos cuestiones que no podemos ampliar más en una reseña como la presente, pero que serían merecedoras de un cumplido estudio.

Creemos que, en el fondo, el texto que nos ocupa trata de aportar respuestas a la gran pregunta que, entre muchos otros, Tolstoi (1869) se planteaba, cuando escribió:

Un acontecimiento en el que millones de hombres se han matado entre ellos, (...), no puede tener por causa la voluntad de un solo hombre (...) ¿Por qué, pues, millones de hombres se han matado entre sí cuando ninguno de ellos podría encontrarse mejor y puesto que todos estaban amenazados de hallarse después mucho peor? (p. 925).

Freud (1933) dejó escrito que «todo lo que promueve el desarrollo de la cultura trabaja también contra la guerra» (p. 195). Tizón se permite poner la frase del revés y nos dice:

Todo lo que trabaje contra la guerra y la simbología belicista contribuye a la cultura» (p. 391).

No nos cabe ninguna duda de la veracidad y la urgente necesidad de ambas afirmaciones, ni tampoco del gran aporte cultural que significa la publicación de este libro. ■

Bibliografía

- Armengol, R. (2018). *La moral, el mal y la conciencia. El poder de las ideologías en la formación de la conciencia moral*. Barcelona: Carena.
- Daurella, N. (1994). «Irracionalidad fundamental: la guerra», en: E. de La Lama (comp.), *En defensa de la tolerancia. Crítica de los fundamentalismos*. Barcelona: Hogar del Libro, pp. 73-80.
- Erikson, E.H. (1953). "Wholeness and totality. A psychiatric contribution", en: C.J. Friedrich (ed.): *Totalitarianism. Proceedings of a conference held at the American Academy of Arts and Sciences*. New York: Harvard University Press, pp. 156-171.
- Fiske, A. P. y Rai, T. (2015). *Virtuous violence: Hurting and killing to create, sustain, end, and honor social relationships*. New York: Cambridge University Press.
- Freud, S. (1933 [1997]). ¿Por qué la guerra? Correspondencia entre A. Einstein y S. Freud, en: *Obras Completas*, vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Fromm, E. (1955). *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea: hacia una sociedad sana*. México: FCE.
- Han, B-Ch. (2014). *Psicopolítica*. Barcelona: Herder.
- Kaldor, M. (1999). *Las nuevas guerras: Violencia organizada en la era global*. Barcelona: Tusquets.
- Klein, M. (2007). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Paidós.
- Leshan, L. (1992). *La psicología de la guerra. Un estudio de su mística y su locura*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Maalouf, A. (2019). *El naufragio de las civilizaciones*. Barcelona: Alianza.
- Mèlich, J. C. (2014). *La lógica de la crueldad*. Barcelona: Herder.
- Meszaros, I. (1979). *La obra de Sartre*. Caracas: Vadell Hermanos.
- Remarque, E.M. (1929). *Im Westen nichts Neues*. Berlin: Propyläen. Traducción castellana: *Sin novedad en el frente*. Barcelona: Bruguera, 1967.
- Talarn, A. (2015). Reseña del texto: «Psicopatología y poder», de J.L. Tizón. *Intercambios. Papeles de Psicoanálisis, núm. 35*, pp. 97-99.
- (2020) *Ideología y maldad*. Barcelona: Xoroi Edicions.
- Tizón, J.L. (2015). *Psicopatología del poder*. Barcelona: Herder.
- (2018a). *Apuntes para una psicopatología basada en la relación*. Vol. 1. Barcelona: Herder.
- (2018b). *Apuntes para una psicopatología basada en la relación*.





- Vol. 2. Barcelona: Herder.
—(2019). *Apuntes para una psicopatología basada en la relación*.
Vol. 3. Barcelona: Herder.
—(2020a). *Apuntes para una psicopatología basada en la relación*.
Vol. 4. Barcelona: Herder.
—(2020b). *Salud emocional en tiempos de crisis*. Barcelona:
Herder.
—(2022). *La guerra como campo de batalla*. Barcelona: Herder.
Tolstói, L. (1869). *Guerra y paz*. Madrid: Alianza.
Wilson, E. O. (2012). *La conquista social de la tierra*. Barcelona:
Penguin.

Antoni Talarn
[@] atalarn@ub.edu

